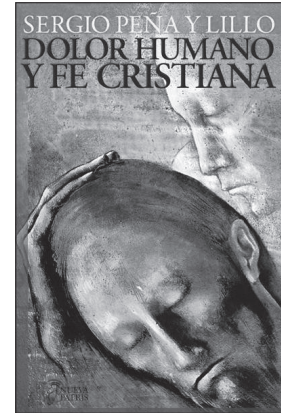


# DOLOR HUMANO Y FE CRISTIANA

**Autor:** Sergio Peña y Lillo  
**Editorial:** Patris, 2009, 50 pp.

(Rev GPU 2011; 7; 3: 248-249)

Ramón Florenzano



El tema de una perspectiva teológica cristiana es el centro de esta breve obra del profesor Sergio Peña y Lillo, quien nos ofrece un conjunto de reflexiones y pensamientos que ayudarán a muchos a pensar cómo el dolor, que confrontamos a diario en nuestros pacientes y en nuestro quehacer cotidiano, debe ser reconocido, aunque no totalmente comprendido. El confrontar el dolor pertenece a la condición humana, y desde el Pecado Original, nos señala el autor, acompaña los ciclos vitales de todas las personas. Este hecho constituye un escándalo y lleva a muchos a dejar de creer en un Dios que permite el sufrimiento, muchas veces injusto, de tantos. ¿Cómo conciliar el amor divino por la humanidad con los horrores en que viven y mueren tantos?

El autor, conocido profesor de Psiquiatría en Santiago de Chile, ha escrito textos más prolongados acerca de la interfase entre espiritualidad y psiquiatría. En estas 39 páginas revisa el tema del significado del dolor, explorando por ejemplo la relación entre dolor y Pecado Original. Si Adán no hubiera comido del árbol del bien y del mal quizá seguiríamos viviendo en felicidad perpetua en el Paraíso. Los nuevos descubrimientos de la última década acerca del genoma humano han entregado la impactante noticia de que el *homo sapiens sapiens* tiene una constitución genética no sólo imperfecta sino enferma. La decodificación del genoma nos ha revelado también que compartimos la mayoría de los genes con otros miembros del reino animal, y especialmente con otros primates. La secuenciación del DNA ha mostrado que tenemos sectores infectados

con virus, otro golpe a la visión tradicional del hombre como Rey de la Creación. No estamos tan cerca de una divinidad perfecta como pensamos en el pasado, y el camino de perfección es largo y doloroso. El significado del doler, plantea Peña y Lillo, puede hacernos conscientes de nuestra debilidad.

Un tema hoy de moda es el de la Felicidad y el bienestar subjetivo. Tanto libros científicos como publicaciones de autoayuda nos dicen que habría un camino fácil para ser felices. Este librito nos entrega una aproximación más centrada: aun si es cierto que el optimismo y la psicología positiva ayudan, el sufrimiento físico o emocional son estaciones camineras necesarias para alcanzar la sabiduría y la paz interior. El hedonismo y otras búsquedas narcisistas del sí mismo, ligadas a estilos de vida costosos y a la así llamada *industria del lujo*, que también está apareciendo en nuestro país. El altruismo y la caridad cristianos tienen una larga experiencia en combatir el exceso de autocentramiento.

La teología del dolor es analizada desde dos aproximaciones diversas: una ligada a la existencia del Mal que plantea que el sufrimiento es causado por poderes demoníacos que nos tientan a hacer un uso poco sabio de nuestra libertad. Esta visión maniquea, de lucha entre Bien y Mal, es reemplazada correctamente por el autor por la idea de que un buen padre permite a sus hijos experimentar dolor para acumular experiencia y permitir el desarrollo madurativo. La existencia de un lado oscuro (*lado B*) en cada personalidad fue desarrollada inicialmente por Carl Jung y ampliada en la

literatura espiritual del siglo XX por Thomas Merton. El desarrollo personal, para estos autores, implica la integración de la luz y la oscuridad en la madurez.

La conexión de la felicidad y la espiritualidad es explicada en diversos lugares del texto por el autor aludiendo a la Divina Providencia. *“El verdadero cristianismo es, en su esencia, un apasionado llamado a la plenitud de su existencia y a la felicidad”*, dice en la página 26. El surgimiento del dolor en la alegría cristiana es enfocado en forma providencialista, como lo hicieron Pascal y la escuela de Port Royale. Peña y Lillo insiste en que no debe confundirse la providencia cristiana con el *Kairós* griego ni con el fatalismo islámico: *“en la Fe se desvanece el azar y lo casual se convierte en providencia”*.

Quedan planteados, y por lo breve de la obra no se alcanza a profundizar, el rol protector de la espiritualidad y la religión en cuadros clínicos como la depresión,

el suicidio y las farmacodependencias. El autor nos debe un desarrollo más completo de muchas intuiciones y reflexiones esbozadas en el texto. Uno de los elementos que pudiera desarrollarse más es la conexión entre Dios y su amor por el mundo, y el pueblo de Dios, que también puede comportarse altruistamente con quienes lo rodean. Este amor por los demás es especialmente fructífero en la preocupación por los enfermos, señalando el autor como una de las características de Cristo el haber sido *médico de cuerpos y almas*. Cuando el enfermo mental se pregunta acerca de por qué Dios le asignó su especial tipo de sufrimiento, una respuesta es el permitir a sus prójimos buscar una cura natural para su sanación. El rol protector de la religión, más que una inmunidad de los creyentes frente a los problemas psiquiátricos o emocionales, significa una oportunidad para que sufriente y sanador, en conjunto, busquen una salida en común tanto médica como espiritual.